

GÉNERO Y NEGACIÓN DE LA LEGITIMIDAD MONÁRQUICA: LOS REPUBLICANOS Y LAS REINAS*

Mónica Moreno Seco y Alicia Mira Abad

Universidad de Alicante

El siguiente trabajo aborda el discurso republicano frente a la Monarquía, desde el Sexenio democrático hasta finales del siglo XIX, a través de un enfoque de género, puesto que su objeto de estudio son las críticas a las reinas, con argumentos vinculados a los discursos sobre la feminidad y la masculinidad, que perseguían cuestionar la Corona. El republicanismo, como factor de oposición política y confrontación ideológica con la Monarquía que tuvo un limitado acceso al poder pero contaba con una notable influencia social, procuró socavar los fundamentos legitimadores de la Corona, que en la época estudiada pretendía aparecer como constitucional y representativa. Aunque nunca ha existido una «concepción de República compartida por todos» sus defensores,¹ el republicanismo «se entendía a sí mismo como la expresión del *verdadero* sistema representativo» de modo que la democracia era considerada como una «realidad consustancial a la misma República».² Ésta constituía un horizonte utópico, «el último paso en el avance irrefrenable del racionalismo».³ La unicidad de esa concepción, apoyada en una interesada simplificación antinómica, Monarquía-República, mostraba el proyecto republicano como la única opción capaz de superar el falseamiento de la soberanía popular que representaba la figura del rey o de la reina por muy constitucionales y parlamentarios que fueran.

A lo largo del siglo XIX la preservación de la Monarquía exigió nuevos elementos para sustentar su legitimidad, porque ya no era posible apoyarla

* Este estudio ha sido realizado en el marco del Proyecto I+D+I con referencia: HAR 2008/04389, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

¹ Maurizio Ridolfi, «El republicanismo italiano, el estado y la nación (1861-1946)», *Alcores*, num. 8 (2009), p. 56.

² Manuel Suárez Cortina, *El Gorro Frigio. Liberalismo, Democracia y Republicanismo en la Restauración*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, p. 19.

³ Alberto Oliet Palá, *El conflicto social y la legitimación de la monarquía ante la revolución de 1868*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1989, p. 180.

solo en el origen y en la sangre. Era necesario superar la figura del soberano del Antiguo Régimen o la que defendía la causa carlista, concebida como representante de un orden sacralizado más que de una nación.⁴ El nuevo ideal de monarca precisaba argumentos legitimadores distintos, ajenos a órdenes y jerarquías porque debía ser el rey o la reina de toda la población, capaz de encarnar a la más alta representación del Estado y de convertirse en insignia máxima de la nación. Era preciso hacer prevalecer la intangibilidad de la institución por encima del personaje real que ocupara el trono, pero contando con su carisma. Así pues, se trataba de poner en marcha nuevas estrategias para la relegitimación monárquica: junto a la herencia también debía buscarse una legitimidad de ejercicio, que aunque no contemplaba al titular de la Corona como parte del poder ejecutivo, sí le convertía en un poder neutral y moderador por encima de las luchas partidistas. Los recortes sufridos en el poder real no impedían que se legitimase al o la monarca a través de su capacidad para acercarse al pueblo y mostrar una especial sensibilidad hacia las clases más desfavorecidas,⁵ todo lo cual obligaba a realizar enormes esfuerzos para mantener el equilibrio en la consolidación de la figura del rey que *reina pero no gobierna* y que representa a la nación. Se estaban renovando los fundamentos de una vieja institución, no solo desde la perspectiva de su encaje constitucional sino también en la concreción de todo un «sistema simbólico-ritual con fines de nacionalización y politización».⁶

Las disfunciones que afloraban en esa labor de relegitimación fueron aprovechadas por el republicanismo político para exigir la extinción de una institución a su juicio retrógrada e incompatible con los nuevos tiempos.⁷ La Monarquía desde la perspectiva republicana era una «institución tradicional, ajena a la nación soberana, asentada sobre el eclecticismo doctrinario y protegida por un marco legislativo que la alejaba de las exigencias de la democracia moderna».⁸ Según Pi y Margall había tenido su justificación en los «tiempos antiguos», teniendo en cuenta que la humanidad en su infancia era necesariamente «simplista». Sin embargo la idea de poder fue adquiriendo complejidad y aunque la Monarquía intentó

⁴ Manuel Suárez Cortina, «Introducción», en Manuel Suárez Cortina, ed., *Utopías, quimeras y desencantos, El universo utópico en la España liberal*, Santander, Universidad de Cantabria, 2008, p. 37.

⁵ Baldomero Oliver León, *Monarquía y Estado constitucional*, Madrid, Tecnos, 2002, p. 167.

⁶ Marina Tesoro, «Monarquía, nación y Estado en Italia», *Alcores*, num. 8 (2009), p. 88.

⁷ Alberto Oliet Palá, «La monarquía mediada», *Revista de Estudios Políticos*, num. 112 (2001), pp. 141-142.

⁸ Manuel Suárez Cortina, *El Gorro Frigio...*, op. cit., p. 20.

adaptarse, «modificándose y limitándose» al final había llegado a su propia aniquilación «hasta llegar a ser lo que es, un nombre».⁹ A pesar de los intentos de modernizar la institución su tendencia natural era «recordar siempre el absolutismo de su origen» frente a la democracia, que era la esencia del republicanismo, como apuntaba el propio Pi y Margall en 1869.¹⁰ Un año antes, Castelar señalaba la incompatibilidad de la institución con el ideal democrático puesto que «toda monarquía necesita una sanción con que defenderse de las leyes del pueblo; una aristocracia de que rodearse para impedir los embates constantes de las ideas democráticas; una iglesia oficial que la ayude a envilecer y postrar las conciencias en las servidumbre».¹¹ Para los republicanos, el supuesto poder moderador de la Monarquía no existía, ya que no era capaz de armonizar los dos términos de un régimen fundamentado en la soberanía popular, pues «en la lucha del orden con la libertad sacrifica la libertad y opta por el orden».¹² Por otro lado, «la proclamación de la igualdad es la negación de la base de la monarquía. Y de ahí proviene su ilegitimidad».¹³ Junto a su incompatibilidad con la esencia del principio democrático otras críticas que el republicanismo vertía sobre la institución monárquica residían en su carencia de fundamentación racional y en que hacía depender los destinos de la nación del nacimiento y la herencia; también se atacaba el lujo y la ostentación de las familias reales y la supeditación del interés nacional al interés dinástico.¹⁴

Son distintas formulaciones antimonárquicas que en el caso de las reinas adquirieron unos matices especiales ya que ellas además de representar el máximo poder de la nación debían mantener una imagen como esposas y madres adecuada a las normas sociales del momento. Hay que tener en cuenta que la presencia de mujeres en el trono implicaba un elemento de distorsión ya que el discurso de género en la segunda mitad del siglo XIX identificaba la política con la masculinidad y el ámbito privado y doméstico con la feminidad. Las reinas debían convertirse en el arquetipo

⁹ Francisco Pi y Margall, *El cristianismo y la monarquía*, Barcelona, Publicaciones de la Escuela Moderna, 1919, pp. 56-57.

¹⁰ Discurso de Francisco Pi y Margall, *Diario de Sesiones de las Cortes Constituyentes*, 19-V-1869.

¹¹ *La Revolución*, 13-XI-1868.

¹² Discurso de Francisco Pi y Margall, *Diario de Sesiones de las Cortes Constituyentes*, 18-V-1869.

¹³ Francisco Pi y Margall, *El cristianismo y la monarquía...*, op. cit., p. 83.

¹⁴ Javier de Diego Romero, *Imaginar la República: la cultura política del republicanismo español, 1876-1908*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008, pp. 69-105 y Javier de Diego Romero, «La cultura política de los republicanos finiseculares», *Historia Contemporánea*, num. 37 (2008), pp. 417-422.

po de feminidad nacional y encarnar ante la opinión pública el ideal femenino burgués que permitiría modelar la identidad de género en la que se verían reflejadas sus coetáneas. Aunque no puede olvidarse, como señala Burdiel, que los mecanismos de legitimación y deslegitimación de la Monarquía iban más allá de la dicotomía entre vida privada y vida pública y reflejaban su carácter histórico y cambiante. En el caso concreto del reinado de Isabel II, las valoraciones sobre su vida privada se fueron incorporando a la construcción del ideal burgués de feminidad de la época,¹⁵ de manera que ya en la segunda mitad del siglo XIX este ideal se había consolidado y había desembocado en una separación normativa más nítida entre lo privado y lo público.

Esta distinción derivaba en una contradicción que obligaría a los defensores de la Monarquía a buscar fórmulas para legitimar la imagen de reina hogareña que a la vez, especialmente en el caso de titulares y regentes, pero también de las consortes, fuese capaz de desempeñar una función política.¹⁶ La tarea fundamental de las monarcas era mantener la continuidad dinástica a través del matrimonio y especialmente de la descendencia. Ese «capital dinástico» formaba parte del poder femenino.¹⁷ Desde la perspectiva simbólica se trata de un elemento que las erigía en una pieza fundamental de legitimidad real. Por otro lado, las escenas familiares y su protagonismo en los grandes eventos públicos formaron parte de la propaganda oficial para alcanzar la identificación de la institución con la nación y el pueblo al que representaba.¹⁸ Aunque desde el Estado se presentaba a las reinas como piadosas, buenas esposas, madres abnegadas y compasivas con los desfavorecidos, sus funciones como representantes de una institución que en esencia era masculina las convertía en un peligro para el orden social.¹⁹ La presencia de mujeres en un ámbito que tradicionalmente les estaba vetado proporcionó argumentos a los republicanos para deslegitimar a la Corona.

¹⁵ Isabel Burdiel, *Isabel II: una biografía (1830-1904)*, Madrid, Santillana, 2010, pp. 20-21.

¹⁶ Mira Abad, Alicia y Moreno Seco, Mónica: «Legitimidad nacional, género e identidad nacional: reinas en la España decimonónica», comunicación presentada al Congreso Internacional Pere Anguera. Identidad, símbolos y mitos de la contemporaneidad en Catalunya y España, Tarragona-Reus, 13-15 de abril de 2011, edición digital.

¹⁷ Clarissa Campbell Orr, «Introduction», en Clarissa Campbell Orr, ed., *Queenship in Europe, 1660-1815. The role of the consort*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, pp. 5 y 12.

¹⁸ Jap Van Osta, «The Emperor's New Clothes. The Reappearance of the Performing Monarchy in Europe, c. 1870-1914», en Jeroen Deploige and Gita Deneckere, eds., *Mystifying the Monarch: studies on discourse, power, and history*, Amsterdam, Amsterdam University Press, 2006, pp. 182-183.

¹⁹ Barbara F. Weissberger, *Isabel Rules. Constructing Queenship, Wielding Power*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2003, pp. 187-188.

Entre las diversas familias republicanas, más allá de su característica ambigüedad ideológica, existía un referente común: la defensa del principio de igualdad, cuyo supuesto universalismo, sin embargo, no siempre incluía a las mujeres.²⁰ A pesar de que alguna republicana insistiese en 1870 en que «hoy todos tenemos el mismo derecho para llegar donde nuestro trabajo e inteligencia pueda conducirnos» y de la existencia de una genealogía de feministas republicanas,²¹ entre sus correligionarios masculinos de la segunda mitad del siglo XIX afluía con frecuencia la misoginia cuando atacaban a los principales enemigos de la República: la Monarquía y la Iglesia, atribuyendo a esta última institución una gran influencia sobre las mujeres. Por ello, la crítica que hicieron a las reinas reproducía en términos generales un discurso de género que consideraba a las mujeres como ajenas al poder y marcaba estrechos límites a su acción política, circunscrita según la mayoría de los republicanos a la educación de futuros ciudadanos en el hogar, siempre que estuvieran libres de la influencia clerical.²² Pilar Salomón señala que la emancipación femenina provocaba controversia en el republicanismo y, al margen de las feministas republicanas, como Rosario de Acuña, Ángeles López de Ayala o Belén Sárraga, muchos de sus integrantes se mostraban preocupados por algunas de las consecuencias que podía acarrear, tales como la disolución de la familia o el desorden social.²³ En diversas ocasiones puede apreciarse cierta evolución en estas ideas, y quienes defendían el derecho al voto femenino con frecuencia recordaban la presencia de mujeres en el trono. En este sentido, Pi y Margall, que en 1869 insistía en que el lugar de las mujeres era el hogar y que su única participación en la esfera política debía reducirse a ejercer alguna influencia sobre los miem-

²⁰ Gerhard Ute, «La situación jurídica de la mujer en la sociedad burguesa del siglo XIX. Un análisis comparativo de Francia y Alemania», en Josep Maria Fradera y Jesús Millán, eds., *Las burguesías europeas del siglo XIX: sociedad civil, política y cultura*, Valencia, Universitat de València, 2000, pp. 332-333.

²¹ Modesta Periu, «La República», *La Revolución*, 16-VII-1870. Sobre esta y otras republicanas, vid. Gloria Espigado, «Las primeras republicanas en España: prácticas y discursos identitarios (1868-1874)», *Historia Social*, num. 67 (2010), pp. 75-91. Ha estudiado a las feministas republicanas de la Restauración M^a Dolores Ramos, con textos como «La república de las librepensadoras (1890-1914): laicismo, emancipismo, anticlericalismo», *Ayer*, num. 60 (2005), pp. 45-74.

²² Javier de Diego Romero, *Imaginar la República...*, op. cit., pp. 154-158. También en épocas anteriores, como ha señalado Florencia Peyrou, «Familia y política. Masculinidad y feminidad en el discurso democrático isabelino», *Historia y Política*, num. 25 (2011), pp. 149-174.

²³ M^a Pilar Salomón Chelíz, «Devotas, mojoneras, fanáticas y libidinosas. Anticlericalismo y antifeminismo en el discurso republicano a fines del siglo XIX», en Ana Aguado y Teresa M^a Ortega, eds., *Feminismos y antifeminismos. Culturas políticas e identidades de género en la España del siglo XX*, Valencia, Universitat de València-Universidad de Granada, 2011, pp. 78-79.

bro masculinos de su familia,²⁴ treinta años más tarde recordaba que en España la negativa al voto femenino era rara «cuanto que una mujer rige y gobierna el Reino, y nombra y destituye ministros, y convoca, abre, cierra, suspende y disuelve las Cortes, y es jefe del ejército y la armada, y da su nombre a la administración de justicia, y obra a par de los reyes varones».²⁵ En términos generales, no obstante, pervivía el recelo ante la presencia pública de las mujeres en esferas de poder, como la Corona. Por otro lado, cabría hablar de diversas formas para expresar dicho recelo, como veremos seguidamente: Castelar, por ejemplo, recurría a la caballerosidad; en cambio la prensa satírica, Lerroux y Blasco Ibáñez preferían utilizar un tono más burlón.

Aunque algunas reinas de principios del siglo XIX fueron objeto de duras sanciones morales y políticas, fue Isabel II quien acabó aglutinando al final de su reinado posiciones críticas que incluían un amplio espectro político, desde los republicanos a los propios monárquicos.²⁶ Lo público y lo privado se entrelazaban en torno a su imagen y la legitimidad de la Monarquía: fue una mujer que alcanzó el poder en un mundo público regido por normas establecidas entre varones, y a la vez su privacidad se convirtió en elemento de debate público, en asunto de Estado.²⁷ Como indica Burdiel la extravagante personalidad de la reina y los problemas del matrimonio real fueron «una fuente de inadecuación profunda en un momento crucial de redefinición de la naturaleza de la mujer como *ángel doméstico*, el compendio de todos los valores morales y privados de la sociedad en su conjunto».²⁸

A medida que avanzaba su reinado, su imagen fue utilizada para expresar, bajo la apariencia respetable de la crítica política, la misoginia de los liberales de todo signo, que reflejaban así su propia ansiedad y temores frente a la independencia de la reina en su vida personal y en su acción política.²⁹ De hecho, los debates sobre la legitimidad de la reina y la Monarquía constitucional no pueden entenderse sin tener en cuenta la construcción de los fundamentos morales de la masculinidad y la feminidad y los criterios de respetabilidad individual y familiar del liberalismo:

²⁴ Francisco Pi y Margall, *Conferencias dominicales sobre la misión de la mujer en la sociedad*, Madrid, Imp. M. Rivadeneyra, 1869, pp. 8-12.

²⁵ Javier de Diego Romero, *Imaginar la República...*, op. cit., pp. 158-159.

²⁶ La evolución de su imagen como reina amada a reina odiada en Jorge Vilches, *Isabel II. Imágenes de una reina*, Madrid, Síntesis, 2007 y Rosa Ana Gutiérrez Lloret, «Isabel II, de símbolo de la libertad a deshonra de España», en Emilio La Parra López, coord., *La imagen del poder. Reyes y regentes en la España del siglo XIX*, Madrid, Síntesis, 2011, pp. 221-282.

²⁷ M^a Dolores Ramos, «Isabel II y las mujeres isabelinas en el juego de poderes del liberalismo», en Juan Sisinio Pérez Garzón, ed., *Isabel II. Los espejos de la reina*, Madrid, Marcial Pons, 2004, p. 146.

²⁸ Isabel Burdiel, *Isabel II. No se puede reinar inocentemente*, Madrid, Espasa, 2005, p. 26.

²⁹ Isabel Burdiel, *Isabel II: una biografía...*, op. cit., p. 795.

por ello, el fracaso matrimonial, la vida extraconyugal de la reina y el mito de la camarilla –que impedía la función neutral de la corona– contribuyeron a la deslegitimación de la Monarquía.³⁰ Desde el republicanismo, Isabel II se convirtió en blanco de sus ataques porque junto al deseo de erradicar la Corona, la reina encarnaba la imagen de una mujer superficial, inmoral y supersticiosa que deshonraba a la nación, se desinteresaba por los problemas del pueblo y era controlada por una camarilla corrupta, antiliberal y clerical. El objetivo era reforzar el mito republicano del Trono contra el pueblo, de una Monarquía contraria a los intereses, valores y sentimientos de los españoles.³¹ Las críticas a Isabel desde la óptica republicana no se limitaron por tanto a la sanción moral de su vida privada, sino que insistieron en especial en argumentos políticos, mostrando la imagen de una reina que ejercía la opresión, se enriquecía a costa del pueblo y estaba sometida a oscuros personajes de la corte.³²

Pero más allá de este reinado nos interesa destacar la labor de deslegitimación de la Monarquía emprendida por el republicanismo a través de campañas de desprestigio e incluso difamación de reinas consideradas ejemplares en su tarea política –desde los presupuestos monárquicos– y modélicas en su comportamiento privado, ajustado al ideal doméstico de feminidad, en especial María Victoria del Pozo y María Cristina de Habsburgo. La imagen de la primera y su contribución a la legitimidad monárquica se construyó sobre las ruinas de una Corona denostada y totalmente desprestigiada, pero a diferencia de Isabel II, ella era reina consorte, esposa de un rey, Amadeo, que accedió al Trono tras una revolución y una elección en el parlamento. Este fue uno de los elementos más importantes para entender la debilidad congénita de la dinastía Saboya. Los ataques republicanos al rey y a la reina se fundamentaban en la incompatibilidad entre la Monarquía y su elección parlamentaria, aunque en muchas ocasiones dichas críticas transcendieron los argumentos teóricos para presentar a un monarca cuyos esfuerzos por obtener el favor popular fueron vanos ya que en realidad actuaba como mero títere de las intrigas políticas y de la voluntad de su propia esposa por mantener la dinastía contra viento y marea.³³

³⁰ Mónica Burguera, «Mujeres y soberanía: María Cristina e Isabel II», en Isabel Morant, dir., *Historia de las mujeres en España y América Latina*, vol. III-*Del siglo XIX a los umbrales del XX*, Madrid, Cátedra, 2006, pp. 85-116.

³¹ Jorge Vilches, «La propaganda republicana: la Monarquía contra el pueblo. El caso de Isabel II (1854-1931)», *Historia y Política*, num. 18 (2007), pp. 231-253.

³² Rafael Villena Espinosa, «El espejo invertido: los republicanos e Isabel II», en Juan Sisinio Pérez Garzón, ed., *Isabel II. Los espejos de la reina...*, op. cit., pp. 157-176.

³³ Una reflexión sobre las imágenes de María Victoria en Alicia Mira Abad, «La monarquía imposible: Amadeo I y María Victoria», en Emilio La Parra López, coord., *La imagen del poder...*, op. cit., pp. 283-333.

Su sucesora en el trono, María de las Mercedes, fue designada reina para contribuir a consolidar la Monarquía y la dinastía Borbón después de la experiencia de la República, al contraer matrimonio con el joven Alfonso XII. Sin embargo, reinó unos escasos cinco meses, y su temprana muerte hizo difíciles las críticas, en una coyuntura además de gran debilidad del republicanismo y fuerte represión: *El Globo*, de Castelar, se limitó a afirmar que ante el fallecimiento de la reina se imponía el silencio, no que se «manoseara» el triste acontecimiento por la prensa.³⁴ En cambio, la segunda esposa de Alfonso XII, María Cristina de Habsburgo, accedió al Trono primero como consorte tras la boda con el rey y después como regente a la muerte de aquél, de acuerdo con las normas de sucesión propias de una Monarquía constitucional que debía consolidarse ante la opinión pública, intentando hacer olvidar el final desastroso de la madre del rey y afrontar una larga regencia de futuro incierto, como recordaban con insistencia los republicanos, que poco a poco se fueron reorganizando.³⁵

¿Qué argumentos esgrimieron las diversas familias republicanas ante unas reinas cuya imagen se ajustaba perfectamente al ideal de mujer del momento? En primer lugar, se criticó su poder o exceso de ambición política, impropio de mujeres, aunque fueran reinas; en segundo término, se censuró su función de consolidación y legitimación de la Monarquía como madres y esposas de reyes, por la importancia excesiva que se otorgaba a los actos públicos protagonizados por las reinas como parte de una estrategia dirigida a construir una imagen artificial, y sobre todo por la dependencia que los destinos del pueblo español experimentaban hacia los avatares familiares y maternos de las reinas; además, se cuestionó su capacidad de encarnar a la nación y su patriotismo, su voluntad de velar más por la corona que por los intereses de la nación y también su condición de extranjeras; y por último se identificó su religiosidad con el fanatismo y el clericalismo, enemigo predilecto del republicanismo decimonónico. Para entender la importancia de estos ataques, no puede olvidarse que la prensa y las publicaciones republicanas en algunos momentos fueron objeto de censura y que muchos de los artículos que consiguieron salvarla fueron denunciados y sus autores procesados por cuestionar la figura de las reinas.

³⁴ *El Globo*, 27-VI-1878. Otros periódicos republicanos, como *La Unión*, se limitaron a no conceder importancia al fallecimiento de la reina. Sobre esta reina se ha escrito muy poco. Vid. Ana de Sagrera, *La reina Mercedes*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2004.

³⁵ Mónica Moreno Seco, «María Cristina de Habsburgo, la (in)discreta regente», en Emilio La Parra López, coord., *La imagen del poder...*, pp. 389-430.

1. REINAS PODEROSAS Y AMBICIOSAS

En las monarquías constitucionales uno de los aspectos más criticados por el republicanismo fue el grado de injerencia del monarca en las esferas de decisión política. En el caso de las reinas hay que distinguir en este sentido entre las reinas *de facto*, con una clara visibilidad ante la opinión pública, como posibles transgresoras de los poderes que les otorgaba la Constitución por su excesiva ambición y apego al poder, y aquellas cuyo papel era el de meras consortes, aunque podían ejercer una gran influencia política en la sombra. En el fondo, los ataques de los republicanos al poder político de las mujeres revelaban los temores masculinos a la inversión de género y al cuestionamiento de la identidad femenina.³⁶

Frente a Isabel II, con «su mollera algo obtusa»,³⁷ María Victoria de Saboya fue considerada en su tiempo una «mujer eminente» con una «inteligencia poco común»,³⁸ que «se cuidaba de los asuntos públicos y en ellos ponía toda su atención» y aunque mantuvo su persona «en cierta oscuridad modesta» en realidad ocultaba una «voluntad firmísima hacia el provenir de sus hijos en tierra hispana». ³⁹ Las escasas dotes de su esposo para desempeñar sus funciones fueron objeto de crítica constante de la prensa republicana. Estos ataques abarcaron diversos frentes, desde su incapacidad para aprender el idioma, hasta su incompetencia para tomar decisiones políticas. Como se decía en *El Combate*, «para él todo va bien si lo aprueba su mujer o lo manda su papá». ⁴⁰ Estas palabras denotan no solo un desprecio hacia el varón que no es capaz de ejercer su poder, sino también la desconfianza hacia la acción política de su esposa.

La inteligencia de María Victoria y su influencia sobre el rey fue puesta de manifiesto por los monárquicos que halagaban en diversos textos sus virtudes:

Sabias leyes en Cortes promover,/ saber las sancionadas practicar,/ las ciencias y la industria proteger/ y saber los partidos enfrenar./ Esta ciencia a tu esposo has de leer. /Esta es, Reina, la ciencia de reinar.⁴¹

³⁶ M^a Pilar Salomón Chéliz, «Devotas, mojigatas, fanáticas y libidinosas...», op. cit.

³⁷ «La corona encantada. Leyenda fantástico-oriental», *La Carcajada*, 10-VII-1872.

³⁸ Victor Cherbuliez, *L'Espagne Politique. Le Roi Amédée et le monarchie démocratique*, Paris, 1874.

³⁹ Benito Pérez Galdós, *Amadeo I*, en *Episodios Nacionales*, Madrid, Historia 16, 1996, p. 159.

⁴⁰ *El Combate*, 24-II-1872.

⁴¹ «La ciencia de reinar», Real Biblioteca, Historia 29-6 (37).

Aunque resultaba peligroso, también en opinión de los monárquicos, «para las mujeres que viven cerca de un trono, o que están llamadas a llevar una Corona, mostrar la verdad de su inteligencia y la sinceridad de su corazón, porque el juicio que provocan y las apreciaciones que inspiran constituyen entonces la medida absoluta de su individualidad».⁴²

La crítica republicana expresó en numerosas ocasiones su recelo por la influencia política que podía tener la reina. Por ejemplo, se decía que desde que ella había pisado el palacio «los pobres progresistas» tenían los días contados, mientras que los «unionistas van ganando terreno». La visita de Topete a la reina también fue considerada por la prensa republicana como el plácet para la «formación de un ministerio presidido por el *ilustre marino*».⁴³

Junto a la ascendencia política de la reina los republicanos mostraron su temor a que la voluntad de la real consorte se materializara en una mayor influencia de la Iglesia en España. *El Combate*, ante el interés de los radicales por alcanzar el favor de la reina, les advertía de que no habían «tomado el buen camino; si hicieran conventos de frailes y monjas acertarían».⁴⁴

Quizá el acontecimiento que puso de manifiesto de forma más clara la ascendencia de la reina sobre su esposo en asuntos políticos fue la publicación del artículo «La loca del Vaticano» el 10 de junio de 1872 por el periódico zorrillista *El Imparcial*, en el que se atacaba el conservadurismo de la reina y su apoyo a Serrano y a Sagasta. En el mencionado artículo se comentaba entre otras cosas un discurso de Castelar ante la Cámara en que recordaba a la esposa del emperador Maximiliano de México, Carlota María Amalia, que enloqueció tras el fusilamiento de su marido. La desesperación le llevó a suplicar al papa, quien ante la tesitura de tener que decidir «entre los intereses locales de la Iglesia y la vida de un hombre, aún cuando este hombre fuese un archiduque de Austria y un campeón de la fe», sacrificó el hombre a los intereses de la Iglesia. Este paralelismo servía para advertir a la reina «cuánto puede dañar a un trono, cuanto dañaron al bien amado de su corazón una piedad poco ilustrada, una ilustración poco juiciosa y un juicio parcial, ligero, temerario del grande y hermoso país que tan confiadamente les encomendara su destino». *El Combate*, unos meses después de la publicación de este artículo, se hacía nuevamente eco del «espectro ensangrentado de Maximiliano y el recuerdo de la furiosa idiotez de la desdichada Carlota» para comentar

⁴² Antonio Pirala, *El rey en Madrid y en provincias*, Madrid, Quirós impresor de cámara, 1870, p. 167.

⁴³ *La Discusión*, 26-III-1872 y 16-IV-1872.

⁴⁴ *El Combate*, 21-VII-1872.

la previsible abdicación del rey, aludiendo a los tópicos sobre la vulnerabilidad femenina:

Y como quiera que el corazón de la mujer es más sensible e impresionable que el del hombre, suele por intuición misteriosa pronosticar sucesos que las más veces se ven después realizados, por eso no nos extraña el rumor que viene circulando estos días de la insistencia con que Doña M^a Victoria quiere recabar de D. Amadeo la promesa de abandonar suelo español y este trono que más que de gloria y de placeres, no puede ser para ella más que de humillación y sufrimientos.⁴⁵

A María Cristina de Habsburgo, como reina consorte, los republicanos le recordaban que su deber era atender al rey dentro del modesto hogar de la familia, negando su influencia más allá del mismo, actitud que se ajustaba al espíritu de los tiempos y se alejaba de reinas con poder político como Isabel de Castilla.⁴⁶ Ya convertida en regente, los reproches continuaron pero fueron de otra índole. Ruiz Zorrilla la atacó en 1891 porque «en nuestra actual manera de ser constitucional, la Corona, en circunstancias críticas y extraordinarias, lo es todo y lo puede todo, puesto que despidе a su antojo a los ministros y suspende o disuelve a su voluntad las Cortes».⁴⁷ En plena crisis por las derrotas coloniales de 1898, un artículo de Castelar en una revista francesa provocó un sonado escándalo. El principal ataque del hasta entonces moderado posibilista se centró en la intervención de María Cristina en asuntos que excedían su papel representativo y moderador al provocar crisis de gobierno o influir en el nombramiento de políticos.⁴⁸ Por esta acción política que revelaba un exceso de poder, la prensa republicana exigió responsabilidades a la monarca,⁴⁹ aunque como es bien sabido la corona consiguió salir reforzada del *desastre* de 1898.

2. MADRES Y ESPOSAS DE FAMILIAS INESTABLES

Una de las críticas más extendidas del republicanismo a la institución monárquica era que el destino de una nación se supeditara a las eventualidades que afectaban a una familia. En este sentido, si la principal función de las reinas era asegurar la continuidad dinástica por medio del matrimonio y su capacidad para procrear, cuando no se daban estas circunstancias

⁴⁵ *El Combate*, 11-IX-1872 y 30-VIII-1872.

⁴⁶ *El Liberal*, 29-XI-1879.

⁴⁷ *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 10-X-1891.

⁴⁸ Reproducido por *El País*, 31-V-1989. Críticas que ratifica *El País*, 2-VI-1898.

⁴⁹ *El Pueblo*, 18-I-1902.

podía acontecer un problema político de primer orden que introducía un gran desequilibrio en el país. Basta recordar el fallecimiento temprano de María de las Mercedes, que impidió la llegada de herederos, o la inexistencia de un hijo varón a la muerte de Alfonso XII. Desde la prensa republicana se recordaban en 1885 las palabras de Castelar, quien había afirmado que el útero de una reina puede ser la tumba de un gran pueblo, frase que se completaba con ejemplos de minorías de edad y otros sucesos en las vidas de las familias reales que habían traído males al país, en contraste con la solidez de las instituciones republicanas, que no dependían de asuntos de esa naturaleza.⁵⁰

El nacimiento de Alfonso XIII fue saludado con alborozo por los monárquicos, que creían que así se alejaba el fantasma de una nueva guerra civil entre familias dinásticas, como había sucedido con Isabel II. Los republicanos, sin embargo, señalaban la debilidad política que suponía una regencia larga de dieciséis años y mostraban desconfianza hacia la capacidad política de la regente, subrayando la acefalia que a su juicio existía en la Corona.⁵¹ Además, insistían en la posibilidad de que estallara un conflicto al haberse frustrado las pretensiones del carlismo de llegar al Trono por medio del matrimonio con la infanta María de las Mercedes, hija mayor de María Cristina:

Si ese trono hubiese permanecido vacío u ocupado tan solo por una mujer, la evolución del pueblo español se habría realizado pacíficamente. El nacimiento de Alfonso XIII no puede dejar de hacerla violenta.⁵²

El Motín confiaba en que después de esa guerra civil vendría la República y, en todo caso, en que la idea de vivir en minoría hasta 1902, siendo todas tan dadas a complicaciones y turbulencias, apagaría los fervores monárquicos.⁵³

La comparación entre las familias reinantes y el carlismo fue subrayada por el republicanismo durante la larga contienda mantenida entre las diversas opciones dinásticas. Ante la detención de un sacerdote convertido en cabecilla carlista, José de Echegaray criticó la intermediación de María Victoria por el mismo.⁵⁴ Si bien el republicanismo sentía una mayor animadversión por el carlismo, consideraba las dos opciones mo-

⁵⁰ *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 24-X-1885.

⁵¹ *La República*, 10-I-1886.

⁵² *El Liberal*, 22-V-1886, que reproduce un artículo de Leon Hugonnet en *La Francia*.

⁵³ *El Motín*, 23-V-1886.

⁵⁴ José Echegaray, *Recuerdos*, Madrid, Ruiz Hermanos, 1917.

nárquicas, carlista y saboyana, como «razas miserables».⁵⁵ Ya con María Cristina como regente, el carlismo, caracterizado por el clericalismo y el absolutismo, fue utilizado como un elemento de desprestigio de la Monarquía ya que se afirmaba desde las filas republicanas que la debilidad de los gobiernos afines al Trono no podía impedir siquiera los ataques carlistas a la figura de la regente.⁵⁶

Dentro de la propia familia real, las desavenencias entre sus integrantes también fueron objeto de crítica por parte de la prensa republicana que en ocasiones las llegó a considerar como un elemento desestabilizador de la vida política. En 1885 hizo circular rumores de tensiones entre María Cristina e Isabel II y sus partidarios, que —decía— hacían prever los más tristes augurios para el porvenir de la patria.⁵⁷ Por otro lado, como esposas y madres ejemplares, las reinas reflejaban la imagen de la primera familia española. Ellas debían compatibilizar las labores de representatividad que les habían sido otorgadas con las inherentes al primer hogar del reino, dedicándose a la crianza de los hijos y a proporcionar el bienestar de sus esposos. El matrimonio entre Amadeo de Saboya y María Victoria se presentaba ante la opinión pública como una pareja modélica que se profesaba amor y respeto,⁵⁸ lo cual permitía contrarrestar la imagen de Isabel II y Francisco de Asís.⁵⁹ Esa imagen idílica se rompía con los constantes rumores en torno a las infidelidades del rey. Su fama de mujeriego se vinculaba a su origen noble e italiano⁶⁰ que encajaba bien con la figura del don Juan español. Su «inclinación apasionada por las hijas de Eva» se consideraba casi como un rasgo genético de la dinastía.⁶¹ Sin embargo, fueron episodios que hicieron mella en la imagen de la pareja⁶² y sobre todo de la reina que aparecía abatida y con problemas de salud,⁶³ convirtiéndose en objeto de los ataques republicanos. El retiro de la reina a El Escorial en el verano de 1872, mientras su esposo se encontraba visitando San Sebastián, dio lugar a poemas y comentarios satíricos como el siguiente:

⁵⁵ *El Combate*, 29-IV-1872 y 7-V-1872.

⁵⁶ *El Motín*, 27-VI-1889.

⁵⁷ *El Liberal*, 28-XII-1885.

⁵⁸ Gigi Speroni, *Amadeo de Saboya rey de España*, Barcelona, Juventud, 1989, pp. 50-51.

⁵⁹ Isabel Burdiel, *Isabel II: una biografía...*, op. cit., pp. 295-334.

⁶⁰ Gigi Speroni, *Amadeo de Saboya...*, op. cit., pp. 55 y 93.

⁶¹ Conde de Romanones, *Amadeo de Saboya, el «rey efímero»*, Madrid, Novelas y Cuentos, 1956, p. 13. En el periódico satírico barcelonés *La Carcajada* (23-VIII-1872) se le conocía como «el príncipe de las monas».

⁶² Gigi Speroni, *Amadeo de Saboya...*, op. cit., p. 58; Natividad Sánchez Sánchez, *La Rosa de Turín. Diálogo entre María Victoria del Pozo y Amadeo I de Saboya, rey de España, su esposo*, d.l., 1983, p. 7.

⁶³ *La Carcajada*, 29-VIII-1872.

La casa del Sr. Erraza en San Sebastián ha sido la honrada por D. Amadeo con su estancia en ella. Salieron a recibirle dicho Sr. Erraza y su linda hija la Sra. de Samaniego. D^a. María Victoria dicen que está algo triste en El Escorial. ¿Qué tendrá aquella piadosa señora?⁶⁴

Los republicanos también criticaron los altos gastos de la lista civil de las reinas.⁶⁵ En el caso de la regente María Cristina se recordaba en tono de burla que, si solo ejercía funciones representativas, los presidentes honorarios no tenían sueldo.⁶⁶ La medida con que se presentaban ante la opinión pública como esposas perfectas y madres solícitas las convertía en mujeres especialmente sensibles a la pobreza que afectaba a la infancia. Las obras de caridad de María Victoria eran resaltadas por los partidarios de la Monarquía que insistían en que la reina hizo uso de su propio dinero para distribuirlo entre las familias más necesitadas.⁶⁷ Los republicanos, por el contrario, no valoraban los actos benéficos en los que participaba la reina porque formaban parte de una estrategia propagandística y suponían un gasto a cargo del maltrecho erario público:

los diarios de la situación, llevados por su servil realismo, se han puesto a pregonar a son de trompeta las acciones que juzgan recomendables de la esposa del italiano, quitándoles así el valor que pudieran tener (...). Doña María Victoria reparte en Madrid, con destino a los pobres 1.200 raciones diarias de pan y legumbres. Nosotros creemos que puede hacerse todo eso, y aun callarlo, con lo cual tendría más visos de meritorio, cuando se tiene un marido que por desempeñar el tan inútil como odioso oficio de rey, gana *cuatro mil y pico duros diarios* a costa de la miseria del pueblo, a costa también de esos pobres a quienes con tanto aparato se socorre.⁶⁸

Años después, desde las filas republicanas continuaba censurándose la inutilidad de esas acciones por parte de María Cristina, ya que no beneficiaban a los pobres sino a las instituciones benéficas, normalmente religiosas, llegándose a afirmar que «los monárquicos nos hablan de que la regente da algunas limosnas. Más generosa que doña Isabel no ha de ser ella, y, sin embargo, tuvimos razón para destronarla. El pueblo español no

⁶⁴ *La Carcajada*, 14-VIII-1872. En el mismo número véase un poema titulado «A una cautiva con alas».

⁶⁵ *El País*, 13-V-1893.

⁶⁶ *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 10-VII-1886.

⁶⁷ Giovanni Batista Conso, *Cenni biografici di S.A.R. Maria Vittoria duchesa d'Aosta già regina di Spagna*, Turín, Tip. Ed. G. Candeletti, 1877, p. 47.

⁶⁸ *El Combate*, 14-III-1872. También Isabel II había sido criticada en el mismo sentido por Castelar, que frente a la imagen de una reina caritativa y bondadosa, le acusó de usurpar los bienes del pueblo (Mónica Burguera, «Mujer y soberanía...», op. cit., p. 109).

quiere limosna, sino justicia».⁶⁹ Cuando, con motivo de las guerras de 1898, María Cristina donó al Estado un millón de pesetas de su lista civil, desde *Las Dominicales del Libre Pensamiento* se contestó que si había renunciado a uno, igual podía renunciar a diez.⁷⁰

3. REINAS EXTRANJERAS

En oposición al esfuerzo desplegado desde instancias oficiales por acentuar la identificación entre las reinas y la nación, los republicanos resaltaron su distancia con la patria, por su nacimiento fuera del país, su acento y carácter extraños, su desconocimiento o rechazo de las costumbres españolas y su desinterés por el futuro del pueblo español, que supeditaban a los intereses de la corona.

Aunque el origen de María Victoria no estaba vinculado directamente con la familia real, fue exaltada por los monárquicos como descendiente del «noble más generoso y heroico de la causa italiana», que expuso «más de una vez su vida por la libertad del Piamonte, y perteneció a las gloriosas falanges de la *joven Italia*». Junto al amor a la patria y a la libertad, ella también fue educada en los más «puros y levantados sentimientos cristianos»⁷¹ y poseía grandes conocimientos sobre lengua e historia de España.⁷² Frente a estas alabanzas, los republicanos entraban en contradicción con sus propias críticas que atribuían a la reina una gran relevancia política, haciendo referencia a su escasa presencia en la vida pública española. El diario republicano *El Combate* comentaba en tono de chanza la imposibilidad de encontrar damas que quisieran convertirse en camareras de la reina,⁷³ lo cual demostraba el rechazo de la nobleza madrileña hacia una reina extranjera, ajena a la tradición española. También aludía a la escasa asistencia de personajes importantes a los actos que «los extranjeros» organizaban en la Corte⁷⁴ e incluso se preguntaba «¿Qué reina es esa?» que era vitoreada por la prensa monárquica, pero cuyo único mérito era estar casada con un rey. De esta forma se podría llamar a «a la mujer

⁶⁹ *El Motín*, 7-II-1886 y 25-VII-1886.

⁷⁰ *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 16-III-1899.

⁷¹ Antonio Pirala, *Historia Contemporánea de España. Parte de la Guerra Civil*, Madrid, Felipe González Rojas, 1892, p. 339.

⁷² Manuel Zapatero García, *Viaje a Italia hecho por la Comisión nombrada por las Cortes Constituyentes con el fin de ofrecer la Corona de España a S.A.R. el Duque de Aosta*, Madrid, Imp. de M. Minuesa, 1870, p. 42.

⁷³ *El Combate*, 16-II-1872.

⁷⁴ *El Combate*, 11-II-1872.

del diputado diputada y a la del ministro ministra». ⁷⁵ Los intentos por visibilizar a la reina se materializaron en la instauración de la Cruz de María Victoria. La prensa republicana incidía en la renuncia de «esa especie de marca extranjera» por parte de diversas personalidades, preguntándose «¿cuándo se convencerán ciertas personas de que solo consiguen hacer el ridículo queriendo *crucificar* a todo el mundo?». ⁷⁶

María Cristina de Habsburgo fue para los republicanos una extranjera que había alcanzado la regencia y de quien por tanto dependían los destinos del país, «una señora austriaca que iba para monja allá en su tierra, donde la fueron a buscar para reina de los españoles». ⁷⁷ Una regente con acento extranjero y un carácter frío, ajeno al español, que dio lugar a varios sobrenombres muy extendidos, que el republicanismo populista utilizó y propagó, criticando su «fanatismo y rigidez de mujer del Norte», que la hacían poco grata a los ojos de los españoles, «alegres, animosos y zumbones, que la llamaban *María la Seca*: su castidad de enferma y beata hacía que la gente la apodase también *doña Virtudes*». ⁷⁸ Las críticas cuestionaban su patriotismo y resaltaban su desinterés por los problemas del país. ⁷⁹ La comparaban con «otra regente extranjera», María Cristina de Borbón, que negó, a pesar de las protestas, el derecho a elegir el poder municipal y desencadenó la represión siguiente, pues «el trono extranjero no puede sostenerse en España, sino nadando en sangre de españoles». ⁸⁰ Ante los intentos de identificar a María Cristina con la nación, por medio de viajes por el territorio español o con su presencia en las Exposiciones de 1888 en Barcelona y 1892 en Sevilla, la prensa republicana arremetía contra los gastos que suponían tales visitas o el contraste entre la propaganda en torno a su figura y la pobreza y corrupción del país. ⁸¹

Además, sus orígenes austriacos introducían —se decía— influencias extrañas en la política exterior española. En 1891, Ruiz Zorrilla, «dada la condición de austriaca de la regente y sus aficiones decididamente tudesacas, considera indudable que España sería arrastrada a la cuádruple alianza»; para *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, frente a esta política exterior suicida, la República sería neutral o aliada de pueblos de «nuestra raza y familia», cuya amistad importaba más que la de austriacos y

⁷⁵ *El Combate*, 25-III-1872.

⁷⁶ *El Combate*, 11-IV-1872 y 18-VII-1872. Vid. *La Carcajada* 19-IX-1872.

⁷⁷ *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 6-VIII-1887.

⁷⁸ *El Pueblo*, 14-IV-1898.

⁷⁹ *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 20-VIII-1887 y 10-VIII-1889.

⁸⁰ *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 1-IX-1893.

⁸¹ *El Motín*, 3-V-1888.

alemanes.⁸² En la crisis de 1898, se afirmaba que con un régimen republicano la nación sería libre, «no haría la guerra mientras una mano misteriosa va pidiendo por las cancillerías europeas y las antecámaras del Vaticano la intervención por amor de Dios y la paz por misericordia», aludiendo a la labor diplomática de la reina.⁸³ En contraste con las madres españolas que habían perdido a sus hijos en la guerra y eran pobres, María Cristina era presentada por el republicanismo como una madre que velaba por los intereses económicos y políticos de su hijo.⁸⁴ En palabras de Lerroux:

Lloras, mujer; pero no es por los dolores del pueblo. Yo sé por qué lloras. Lloras porque se derrumban aquellos sueños de ambición que levantaste sobre la frente cándida de tu hijo. No lloras porque la cuna de ese niño flota sobre oleadas de sangre, ni porque has cimentado tu porvenir sobre las ruinas de un pueblo.

Yo sé por qué te ríes. Te ríes porque, aunque todo se hunda en la miseria, piensas que con tu oro puedes realizar algún día aquellos sueños de ambición que levantaste sobre la frente cándida de tu hijo.⁸⁵

Por todo ello, las críticas a la regente desde los diversos republicanismos arrojaron con motivo del *desastre*: Salmerón pidió en las Cortes que abdicara y abandonara el país, como hiciera Fernando VII en 1808 para salvar a la nación;⁸⁶ Castelar volvió a intervenir en política comparándola con María Antonieta y aludiendo a rumores sobre su abdicación;⁸⁷ Lerroux y Blasco Ibáñez se burlaron de la preocupación que, según los medios monárquicos, le embargaba ante las pérdidas coloniales.⁸⁸ Haciendo gala de una abierta misoginia, *El Pueblo* zanjaba la cuestión:

Para mujeres ya tenemos bastantes con las nuestras. Que se vaya doña Virtudes que nosotros ya nos arreglaremos solos.⁸⁹

4. REINAS BEATAS Y CLERICALES

En la España del siglo XIX, en las instancias oficiales el catolicismo era considerado ingrediente incuestionable de la identidad nacional y los

⁸² *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 10-X-1891.

⁸³ *El País*, 12-V-1898.

⁸⁴ Caricatura en *El Progreso*, 4-7-1898. *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 29-XII-1898.

⁸⁵ *El Progreso*, 7 y 10-VII-1898.

⁸⁶ *La Iberia*, 11-V-1898.

⁸⁷ En el artículo comentado más arriba (*El Progresista*, 31-V-1898).

⁸⁸ Por ejemplo, en el discurso de Blasco Ibáñez en las Cortes (*Diario de Sesiones de las Cortes. Congreso de los Diputados*, 6-IX-1898).

⁸⁹ *El Pueblo*, 14-IV-1898.

monarcas, como aspirantes máximos a representar a la nación, debían convertirse en baluartes de la religión católica. El republicanismo, en cambio, se presentaba como defensor de la razón frente a la irracionalidad de la fe y por tanto, a pesar de las ambigüedades en sus planteamientos, se vinculó con un ideario laico que pretendía instaurar un Estado no confesional. Aunque muchos republicanos se identificaban con un cristianismo primitivo e incluso podían afirmar que «la república procede de Dios», que en realidad fue «el primer republicano»⁹⁰ o eran partidarios de un humanismo cristiano, mientras otros eran agnósticos o ateos, la crítica al aparato católico era unánime y su tradicional vinculación con la Corona como fuente de legitimidad lo convirtió en objeto de las críticas más feroces.⁹¹ El republicanismo recurrió al anticlericalismo para movilizar a algunos sectores sociales contra la Monarquía, que identificaba con la tradición y el oscurantismo clerical.⁹²

Desde estos presupuestos, la actitud de los republicanos ante la religión de las mujeres era ambigua.⁹³ En este sentido, se ha señalado la ambivalencia de quienes criticaban la influencia de la religión sobre las mujeres, en especial librepensadores y masones, mientras en su práctica diaria muchos republicanos admitían la conveniencia de que las mujeres tuviera inclinaciones religiosas, siempre que fueran moderadas y no cayeran en el fanatismo.⁹⁴ A pesar de la pluralidad de opiniones, predominaba en el republicanismo la visión anticlerical del poder del clero sobre las mujeres, crítica que era especialmente dura contra las beatas, de quienes a ojos de anticlericales republicanos, se aprovechaba el clero para obtener dinero y poder, y que colaboraban con el sacerdote en la fanatización de la sociedad. Estos ataques obedecían a que estas beatas representaban un obstáculo al laicismo, pero también respondían a los temores masculinos ante la intrusión de mujeres en espacios reservados a varones y a la posible pérdida del dominio masculino en el orden social.⁹⁵

⁹⁰ *La República española*, 24-IX-1870.

⁹¹ Sobre la pluralidad de propuestas del republicanismo en torno al anticlericalismo, la religión y la Iglesia, Manuel Suárez Cortina, «Democracia y anticlericalismo en la crisis de fin de 1898», en *El gorro frigio...*, op. cit., especialmente las pp. 186-194; del mismo autor «Anticlericalismo, religión y política durante la Restauración», en Emilio La Parra López y Manuel Suárez Cortina, eds., *El anticlericalismo español contemporáneo*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1998, pp. 127-210 y Javier de Diego Romero, «La cultura política...», op. cit., pp. 429-434.

⁹² Julio de la Cueva Merino, «Movilización política e identidad clerical, 1898-1910», *Ayer*, num. 27 (1997), pp. 101-125.

⁹³ Alicia Mira, «Mujer, trabajo, religión y movilización social en el siglo XIX: modelos y paradojas», *Historia Social*, num. 53 (2005), p. 91.

⁹⁴ M^a Pilar Salomón Chéliz, «Devotas, moigatas, fanáticas y libidinosas...», op. cit., p. 73.

⁹⁵ *Ibidem*, pp. 92-95.

En consecuencia, los ataques del republicanismo a la religiosidad de las reinas apuntaban a diversos frentes, como la injerencia del clero y el Vaticano en las decisiones de palacio y el apoyo de las monarcas al clericalismo. Cabe recordar que la reina por excelencia de la superstición y de los excesos clericales fue Isabel II, cuya «corte de los milagros» se convirtió en objeto de burlas continuas. Ella había deslegitimado la Monarquía también a través de la religión y su imagen fue utilizada con profusión por los republicanos para negar la legitimidad de otras reinas, a su juicio dominadas por jesuitas y ultramontanos.

El caso más problemático en este sentido se presentaba con Amadeo de Saboya cuyo progenitor había cuestionado el poder temporal del papa. Los revolucionarios septembrinos lo saludaron en un principio como el rey moderno capaz de poner en su sitio a la Iglesia católica y al clero. Pero lo cierto es que el monarca siempre se mostró respetuoso con el catolicismo y su mujer, María Victoria, aparecía como una devota católica, criticada por su excesivo celo en propiciar el reconocimiento de la nueva dinastía por las altas dignidades eclesiásticas españolas y por el propio papa. La influencia de la Iglesia sobre la reina queda de manifiesto en críticas que mezclaban el antimonarquismo, la misoginia, el anticlericalismo y el recuerdo de los excesos isabelinos:

Al futuro rey lo domina su mujer (...). A su mujer la domina su confesor. Al confesor le dominan los jesuitas. Que nadie se extrañe si volvemos a tener camarillas clericales y padre Claret y monjas milagreras y cirios de San Pascual.⁹⁶

María Victoria del Pozo y María Cristina de Habsburgo se comportaron siempre como católicas moderadas en sus manifestaciones religiosas. Era muy difícil por tanto cuestionar a estas reinas cuyas acciones se correspondían perfectamente con el ideal de feminidad del momento, tanto desde la perspectiva social como religiosa. Sin embargo la demostración pública de catolicidad de María Victoria no impidió que le llovieran las críticas tanto de las grandes «damas católicas que le han declarado la guerra»,⁹⁷ como de los republicanos, quienes censuraban la colaboración entre Monarquía e Iglesia. *El Combate* reprobó la relación de la reina con los escolapios para que estos «sirvan de comparsa en los planes de dicha señora, que pretende establecer conventos en las dependencias del patrocinio», señalando que los destinos del pueblo español estaban supeditados a su misticismo.⁹⁸

⁹⁶ *La República española*, 1-XII-1870.

⁹⁷ Benito Pérez Galdós, *Amadeo I...*, op. cit., p. 108.

⁹⁸ *El Combate*, 27-III-1872 y 19-IX-1872.

Al comienzo de la regencia, María Cristina simbolizaba, a ojos del republicanismo, la alianza con la Santa Sede y su aceptación del liberalismo, frente a las posturas ultramontanas y carlistas de buena parte del clero español. Los mensajes de adhesión a la regente por parte de los obispos reunidos en los Congresos Católicos fueron objeto de chanza, siendo la reina —se decía— sostenedora (sic) de la Constitución que consagraba la «mal-dita» libertad de cultos y sobrina del emperador de Austria, aliado del rey de Italia, que encarcelaba al «pobrecito» León XIII.⁹⁹ No obstante, pronto fue objeto de duras palabras por su supuesta supeditación a la influencia jesuítica y clerical, que devolvía a España a anteriores épocas nefastas:

Aquí es fuerza volver a pensar en las faldas negras (...), faldas que quizá han engañado a otras de color para conseguir sus fines. Y si todo ha sido cuestión de faldas, ¿quieren decirnos los conservadores si han decidido que volvamos a los tiempos en que el clero gobernaba en España por medio de las señoras influyentes con los hombres del gobierno, ya por cuestión de parentesco, ya por otras menos disculpables?» (...) «no es posible que la política se inspire de nuevo en los confesionarios y sacristías.¹⁰⁰

En consonancia con las críticas misóginas a las beatas por parte del republicanismo radical, desde *El Pueblo* se afirmaba que «solamente cerebros femeniles perturbados por el fanatismo y puros con la santa pureza de la simplicidad» podían creer que en el congreso de Estados Unidos se oyera al papa, a quien María Cristina había pedido que intermediara en la crisis colonial de final de siglo.¹⁰¹ De forma sarcástica, también se demandaba a la reina que interviniera en asuntos eclesiásticos. En una carta abierta a la regente, *El Diario del Pueblo*, de Barcelona, apelaba a la opinión de la monarca, quien había manifestado que era necesario velar por la religión. Ya que todo lo que ocurría en el mundo se debía al designio irremediable de Dios —añadía el periódico—, María Cristina debía suprimir el ejército de Cuba, pues si Dios lo deseaba Cuba sería española y si no de EEUU:

En vez de Generales, Jefes, Oficiales y soldados, dígnese V.M. enviar Cardenales, Arzobispos, Obispos, clérigos y frailes, para que con sus bendiciones aplaquen la ira divina, y destruyan a los filibusteros, si es que Dios no los protege. Con esto V.M. cumplirá como buena católica, y el pueblo la llenará de bendiciones.¹⁰²

⁹⁹ *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 11-X-1890. Algunos de estos mensajes en Archivo General de Palacio, *Alfonso XIII*, Caja 12810-7 y Cajón 6-36 A.

¹⁰⁰ *El Motín*, 14-I-1891.

¹⁰¹ *El Pueblo*, 6-4-1898.

¹⁰² Reproducida por *El Motín*, 16-V-1896.

También con tono burlón, la prensa satírica republicana insistía en las críticas que el clero ultramontano hacía a la regente, a pesar del apoyo que ésta dispensaba a la Iglesia y al clericalismo.¹⁰³ Éste llegó incluso a hacer correr el rumor de que María Cristina pertenecía a la masonería, pues «hasta con la reina regente se atreven»; «claro es que ser masona antes honraría que otra cosa a la reina de España», pero siendo mentira, lo hacen para malquistarla con un sector de la sociedad.¹⁰⁴ De hecho, la falta de respuesta oficial ante las chanzas de los frailes y jesuitas sobre la reina demostraba —se decía— la extensión del clericalismo en el país.¹⁰⁵ Cuando en el cambio de siglo la confrontación clericalismo-anticlericalismo adquirió una gran relevancia política y pública, María Cristina fue criticada por su apoyo al gobierno de Silvela, considerado clerical. También fue objeto de ataques a raíz del escándalo provocado por su confesor, Montaña, al censurar a Canalejas y al liberalismo desde *El Siglo Futuro*, ocasión aprovechada por la prensa republicana para recordar la «corte de los milagros» de Isabel II y afirmar que «durante cincuenta años en este siglo nos han gobernado mujeres, cuya alma estaba en los confesionarios».¹⁰⁶ Por todo ello, se calificó a María Cristina de ultramontana, al permitir que el fanatismo volviera a ser un estigma del país sometido por el clero y el Vaticano.¹⁰⁷

5. CONCLUSIONES

En la misma línea que el propio ideario republicano, la crítica a las reinas se mostraba en muchas ocasiones llena de contradicciones al conjugar diversos argumentos que negaban la legitimidad del poder monárquico, con sus opiniones sobre la posición que las mujeres debían ocupar en la sociedad. Desde posturas que identificaban feminidad con debilidad, dependencia y fanatismo, asumidas por muchos sectores del republicanismo, los ataques a la institución monárquica adquirieron nuevos matices desde el momento en que el blanco de las críticas fueron las reinas, tanto cuando ejercieron su influencia política como consortes, como especialmente cuando tuvieron acceso directo a esa esfera de poder, en su calidad de titulares o regentes.

La labor de descrédito hacia las reinas se centró tanto en los aspectos más superficiales y tópicos sobre la condición femenina como en el cues-

¹⁰³ *El Motín*, 16-II-1895.

¹⁰⁴ *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 19-X-1894. Insiste en la idea *El Motín*, 21-X-1894.

¹⁰⁵ *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 5-XI-1887.

¹⁰⁶ *El Pueblo*, 30-XII-1900.

¹⁰⁷ *El Liberal*, 18-V-1902.

tionamiento de la institución monárquica. Las críticas lanzadas contra unas mujeres cuya imagen se ajustaba al arquetipo femenino de la época se centraron especialmente en aquellos elementos que las hacían más vulnerables para representar a la nación: su condición de extranjeras, su relación con la Iglesia y su injerencia en la política. En este último caso resulta especialmente interesante la doble crítica republicana: al igual que con los reyes, se ponía en evidencia la imposible convivencia del orden constitucional con una institución cuyos representantes, a pesar de ver acotadas sus funciones, tarde o temprano tratarían de transgredirlas porque estaba en la esencia misma de la Monarquía el que esto sucediera; pero además, como mujeres, se consideraba especialmente peligroso que representaran al Trono porque esto les permitía intervenir en la dinámica política del país, ejerciendo su poder directamente o entre bambalinas, teniendo en cuenta que eran especialmente influenciables por las fuerzas más conservadoras. Se observan claras diferencias, en este sentido, entre el republicanismo de la prensa satírica o el populista, burlón y claramente misógino, y otras voces republicanas, que aceptaban una mayor participación política de las mujeres o eran respetuosos con las reinas como madres y viudas. No obstante, por diversos caminos, el horizonte era común: utilizar la imagen de las reinas para rechazar la legitimidad de la Monarquía.